

Algo muy grave va a pasar en este pueblo

Imagínese usted un pueblo muy pequeño donde hay una señora vieja que tiene dos hijos, uno de 17 y una hija de 14. Está sirviéndoles el desayuno y tiene una expresión de preocupación. Los hijos le preguntan qué le pasa y ella les responde:

-No sé, pero he amanecido con el presentimiento de que algo muy grave va a sucederle a este pueblo.

Ellos se ríen de la madre. Dicen que esos son presentimientos de vieja, cosas que pasan. El hijo se va a jugar al billar, y en el momento en que va a tirar una carambola sencillísima, el otro jugador le dice:

-Te apuesto un peso a que no la haces.

Todos se ríen. Él se ríe. Tira la carambola y no la hace. Paga su peso y todos le preguntan qué pasó, si era una carambola sencilla. Contesta:

-Es cierto, pero me ha quedado la preocupación de una cosa que me dijo mi madre esta mañana sobre algo grave que va a suceder a este pueblo.

Todos se ríen de él, y el que se ha ganado su peso regresa a su casa, donde está con su mamá o una nieta o en fin, cualquier pariente. Feliz con su peso, dice:

-Le gané este peso a Dámaso en la forma más sencilla porque es un tonto.

-¿Y por qué es un tonto?

-Hombre, porque no pudo hacer una carambola sencillísima estorbado con la idea de que su mamá amaneció hoy con la idea de que algo muy grave va a suceder en este pueblo.

Entonces le dice su madre con sabias palabras:

-No te burles de los presentimientos de los viejos porque a veces salen.

La pariente lo oye y va a comprar carne. Ella le dice al carnicero:

-Véndame una libra de carne -y en el momento que se la están cortando, agrega-: Mejor véndame dos, porque andan diciendo que algo grave va a pasar y lo mejor es estar preparado.

El carnicero despacha su carne y cuando llega otra señora a comprar una libra de carne, le dice:

-Lleve dos porque hasta aquí llega la gente diciendo que algo muy grave va a pasar, y se están preparando y comprando cosas.

Entonces la vieja responde:

-Tengo varios hijos, mire, mejor deme cuatro libras.

Se lleva las cuatro libras; y para no hacer largo el cuento, diré que el carnicero en media hora agota la carne, mata otra vaca, se vende toda y se va esparciendo el rumor. Llega el momento en que todo el mundo, en el pueblo, está esperando que pase algo. Se paralizan las actividades y de pronto, a las dos de la tarde, hace calor como siempre.

Alguien dice:

-¿Se ha dado cuenta del calor que está haciendo?

-¡Pero si en este pueblo siempre ha hecho calor!

(Tanto calor que es pueblo donde los músicos tenían instrumentos remendados con brea y tocaban siempre a la sombra porque si tocaban al sol se les caían a pedazos.)

-Sin embargo -dice uno-, a esta hora nunca ha hecho tanto calor.

-Pero a las dos de la tarde es cuando hay más calor.

-Sí, pero no tanto calor como ahora.

Al pueblo desierto, a la plaza desierta, baja de pronto un pajarito y se corre la voz:

-Hay un pajarito en la plaza.

Y viene todo el mundo, espantado, a ver el pajarito.

-Pero señores, siempre ha habido pajaritos que bajan.

-Sí, pero nunca a esta hora.

Llega un momento de tal tensión para los habitantes del pueblo, que todos están desesperados por irse y no tienen el valor de hacerlo.

-Yo sí soy muy macho -grita uno-. Yo me voy.

Agarra sus muebles, sus hijos, sus animales, los mete en una carreta y atraviesa la calle central donde está el pobre pueblo viéndolo. Hasta el momento en que dicen:

-Si este se atreve, pues nosotros también nos vamos.

Y empiezan a dismantelar literalmente el pueblo. Se llevan las cosas, los animales, todo.

Y uno de los últimos que abandona el pueblo, dice:

-Que no venga la desgracia a caer sobre lo que queda de nuestra casa -y entonces la incendia y otros incendian también sus casas.

Huyen en un tremendo y verdadero pánico, como en un éxodo de guerra, y en medio de ellos va la señora que tuvo el presagio, clamando:

-Yo dije que algo muy grave iba a pasar, y me dijeron que estaba loca.

CALAÍTO SOSA

El amor que los unió fue largo como el tiempo. Había florecido en la infancia, en dorados días en que la inocencia de los dos tejía una canastilla de ramas que se llenaba de los frutos del bosque, el **guaviramí** perfumado, el **yba jhai** ácido y cosquilleante o el **aguai** rescatado de la voracidad de los **chovys**.

Fueron creciendo y haciendo planes. Planes humildes para un amor humilde, y un destino también humilde. Calaíto había conseguido, al salir de bajo banderas, un lote agrícola de 20 hectáreas. Ya tenía la tierra, pero faltaba aún mucho. Para el rancho, para semilla.

Se separaron sin tristezas. Ella se marchó a Asunción, a emplearse de muchacha. Y él al Chaco, en una cuadrilla de obreros camineros. La consigna era ahorrar. Ahogar en el corazón la pena de la ausencia, e ir juntando, de a uno, las monedas de la esperanza hasta completar la tarifa del reencuentro.

Cuando trabajaba en la ruta polvorienta, él conoció a Marcela, morena, pequeña y viva como un «apere'á» huidizo. Su madre cocinaba para la cuadrilla, y ella ayudaba, moviéndose con gracia esquivada, con alegría casi infantil, entre las miradas que exploraban todo bajo su transparente vestido, y entre las manos que querían llevar más lejos la exploración.

Calaíto se sintió halagado cuando Marcela lo prefirió a él. Y alabó su buena suerte. Ya tenía en qué matar el tiempo hasta que llegara el día del encuentro con la otra, la soñada que estaba en Asunción. Cuando se despidió por fin de la cuadrilla, con el tesoro de seis meses de jornales en los bolsillos, se sintió un poco molesto al ver que Marcela lo seguía. Su madre la había despedido con una tristeza antigua y sin ninguna lágrima:

-Para andar detrás de lo hombre nacimo nosotra la mujere...

Y con esa sentencia fatalista por equipaje se echó a caminar detrás de Calaíto, con humildad de perro seguidor. El hombre trató de hacerla regresar, pero no lo consiguió. Ella había elegido a su hombre. En cuanto a él, pensó que si manejaba las cosas con un poco de tino, no sólo tendría el rancho para cuando ella volviera, sino también semillas... y sirvienta.

Terminó de edificar la casa. Pared fresca y «culata yobai» con el amplio corredor central orientado como para beber todo el viento fresco que pudiera escapar del horno del verano.

Lo último que vio cuando el micro lo alejaba de su pueblo, rumbo a Asunción, fue la figurita humilde de Marcela, perdida en la distancia y el polvo. Y llegó a Asunción un domingo. Buscó a su novia en la casa donde servía. No estaba. Era su día de salida. Resignado, se sentó a esperar, y caía la noche cuando su novia regresó... acompañada por un altísimo y flaco sub-oficial de marina. Vio a la pareja detenerse en la obscuridad del portón de servicio, y al hombre apretar a la mujer contra la muralla, y oyó las risas de ella cuando devolvía los besos, y cuando trataba sin mucha convicción de que las manos de él no le levantarán el vestido. Se fue.

Nadie supo jamás cómo logró llegar a su pueblo, tan borracho estaba, pero llegó, descendiendo tambaleante del último micro que parecía una solitaria luciérnaga en la inmensa obscuridad de la medianoche. Se encaminó a su lote y a su rancho, caminando a lo largo de la carretera que se iba punteando con el coraje inútil de sus gritos de desafío. Llegó, encendió un fósforo y acercó la llama. La paja del techo empezó a arder de a poco, creciendo, devorando, devorando, crepitando con el acompañamiento de sus gritos de desafío.

Y entonces, se vio una sombra pequeña, eléctrica y corajuda, empuñar un poncho y ponerse a combatir las llamas con desesperación y arrojo, sin retroceder ante la amenaza de las chispas que chisporroteaban entre sus cabellos y requemaban su vestido.

Calaíto miró a aquella mujercita que sabía amar hasta el heroísmo. Vio su arrojo y oyó su sollozo impotente ante la llamarada que crecía y crecía. Y se sintió contagiado de algo hermoso, vital, como de una fiebre de esperanza... y se lanzó, él también, a combatir el incendio.

Salvaron muy poco de la destrucción. Pero quedó un resto de techo, lo suficiente para cobijar a dos personas, en el inicio del tiempo nuevo. Y así fue.

Mario Halley Mora

Lee atentamente el siguiente texto: **La libreta de almacén**, de Mario Halley Mora

Cuando me mudé a aquella casa que por mucho tiempo estuvo en venta, y para la cual no apareció comprador (yo) sino cuando rellenaron una zanja carcomida por la erosión que amenazaba tragarse el patio, descubrí que, en el inevitable trastero, los últimos habitantes habían dejado los también inevitables trastos inservibles. Una silla rota, un retrato con los marcos comidos y los vidrios rotos de un personaje bigotudo y de mirada triste, un montón de libros deshojados e incompletos, etc., etc.

Revisaba aquellos libros con la esperanza de hallar alguno valioso, o por lo menos útil, cuando encontré el cuaderno, vulgar, de «una raya» y de 20 hojas. Y bastante manoseado. Con primitiva letra de almacenero, tenía escrito en la tapa: Libreta de Almacén.

Después de hojear rápidamente el cuaderno, pensando que aún tendría hojas útiles -soy bastante avaro, lo confieso-, y cuando iba a tirarlo, porque no las encontré, se me ocurrió una idea, vaga e imprecisa al principio. ¿No estaba escrita acaso en esa monótona lista de compras a créditos vulgares la historia de una familia? Al fin de cuentas, uno está hecho de lo que come.

Volví a estudiar el cuaderno, o la «libreta», en la primera página, que llevaba fecha del 20 de setiembre de 1945, en cuyo día se iniciaron las relaciones comerciales entre los antiguos habitantes de la casa y el almacenero. Prueba de ello es que, antes del azúcar, el arroz y el aceite, la columna correspondiente al 20 de setiembre, empezaba con esta anotación: «*Un cuaderno de 20 oja de una raya - 50 céntimos*», es decir, que las compras a crédito empezaban con la adquisición del cuaderno mismo. Las anotaciones del 20 al 30 de setiembre, eran una monótona sucesión de lo mismo, las rutinarias compras de una ama de casa bastante ahorrativa (compraba por cuartos de kilo), por lo que se me ocurrió que había sido demasiado fantasioso al querer adivinar a través de esa libreta cómo eran y qué hacían los desconocidos habitantes de la casa. Sin embargo, volví a repasar la lista de esos diez días, y me fijé en un detalle: el 21 de setiembre estaba anotada una compra: «*crema de lustrar negra: 30 céntimos*»; y otro: cada día, religiosamente, se anotaba: «*Un Alfonso XIII: 10*». Empezaba a tomar forma la imagen de ÉL. Era cuidadoso de su aspecto personal, pero ahorrativo, pues prefería lustrarse él mismo los zapatos antes que pagar a un lustrabotas. Además, no era viejo, como lo demostraba el hecho de fumar un paquete por día de Alfonso XIII, de poderoso tabaco negro. Posiblemente era un empleado, pues si hubiera sido obrero no necesitaría lustrarse los zapatos, o simplemente no los tendría; y ese fumar mucho hablaba de un trabajo monótono, de oficina. ¿Y ELLA? Me desconsolé pensando que la libreta no traía una sola anotación que diera la clave de su presencia. Posiblemente -pensé- ni siquiera existiese, que ÉL fuera un solterón. Sin embargo, el 4 de octubre de 1945 aparecía una compra reveladora: «*Hilo N.º 16 y 3 pliegue de papel de color: 50*».

Un barrilete, claro. Entonces, allí había un niño. Y si había un niño, y un hombre que fumaba un paquete por día y se lustraba los zapatos, también debería aparecer una mujer, esposa, madre. Pero nada aparecía que se refiriera a ella. ¿No existía... o se resignaba a no existir? Suele suceder, la mujer que se casa, que se anula, que no pide nada para sí, que vive para el marido y para el hijo, sumisa, doméstica, ama de casa de cucharón y plumero. Di por sentada la presencia de esta mujercita que hacía del amor un camino de sacrificio y renuncia, y tuve a la familia reconstruida. Pero no tanto, debería conocer primero la edad del hijo para deducir la de los padres. El 14 de octubre encontré una anotación: «*Un cuaderno de doble raya: 50*». Para las tareas escolares del hijo, desde luego, y de «doble raya», es decir, de un tipo que sólo se usa en primero o segundo grados. Entonces, el chico estaría entre los 6 y 7 años. Partiendo de allí, hice una imagen mental de la familia: ÉL, no más de treinta, flaco (compraban por cuartos de kilo), serio y formal (nunca se anotó ni siquiera una botella de cerveza) y amante de su hijo (le hacía barriletes...). ELLA, menudita, desdibujada, humilde, joven de cuerpo, vieja de corazón. EL NIÑO, de seis o siete años. En fin, un trío común y corriente.

Pensé que ya debería darme por satisfecho. Que ya nada me diría de aquellas vidas antiguas la sucia libreta de almacén. Hasta que el 12 de noviembre encontré dos anotaciones que salían de la rutina: «*2 cafiaspirina - medio litro de alcohol retificado: 1.80*». Uno de los tres había enfermado. Pero ¿quién? La respuesta estaba en las anotaciones del día siguiente, 13 de noviembre: «*Un trompo, metro y medio de liña de pescar: 25*». El enfermo era el chico. Lo estaban sobornando para tomarse el jarabe. No podía ser de otra manera, pues si uno de los padres estuviera en cama, no sería el momento de comprarle un chiche al nene. ¿Se habría repuesto? Examiné las compras de los días siguientes, 14, 15, 16, 17 de noviembre, y eran las de rutina. Pero el 18, a éste se sumaba un artículo que nunca apareció: «*Un jabón Palmolive: 1.50*». Volví atrás, y comprobé que todas las compras anteriores de jabón se referían al vulgar jabón de coco, de 20 céntimos. ¿Por qué de repente un jabón de lujo? Quedé desconcertado y examiné la hoja del 18 de noviembre, más cafiaspirina. El chico seguía enfermo. Entonces, surgió la respuesta: visitas. Visitas que iban al baño a lavarse las manos. Visitas a quienes se tenía vergüenza de mostrar miseria; un médico, tal vez un médico amigo y generoso, a quien por lo menos se le debía el homenaje de un jabón perfumado para las manos. Entre el 18 y el 30 de noviembre, a primera vista, la libreta no ofrecía nada sobre el curso de la enfermedad del chico. Sin embargo, un detalle surgió, sutil y peligroso. El padre ya no compraba un paquete diario de Alfonso XIII, sino cada dos días. Además, sumando las compras, se notaba que se habían reducido. Se estaban limitando a lo esencial. Ahorraban. Lo del chico debió ser grave. Y más adelante, esto pareció confirmarse. Estaba anotado el 6 de diciembre, con la letra primitiva, pero tan plena de vitalidad de aquel oscuro almacenero que, por lo visto, tenía corazón: «*Efectibo: 50.00 guaraní*». Habían tenido que recurrir a un préstamo.

Del 7 al 15 de diciembre no aparecía absolutamente nada, ni siquiera la sacrosanta compra de cigarrillos, ni lo más elemental para comer. ¿Habrían llevado al chico al Hospital?

Con ansiedad, miré la página siguiente, que era la última que fuera utilizada. Llevaba fecha del 22 de diciembre, y la letra del almacenero aparecía un poco más temblorosa:

«*2 paquete vela esperma, larga. Medio metro cinta negra. Efectibo: 50.00 (obsequio de la casa)*».

LOS DOS DIARIOS, DE MARIO HALLEY MORA

En el diario de Ana - 10-V-69

Acaba de mudarse un muchacho bastante pasable en la casa de enfrente. Le mandé a Pocholito que le mirara el dedo mientras ayudaba a bajar los muebles. No tiene anillos, es soltero. Puede ser mi oportunidad. Necesito más datos para trazar mi estrategia.

En el diario de Hugo - 10-V-69

Acabo de mudarme en una casita independiente. No está mal. Es un barrio tranquilo y bastante alejado de la pensión. Creo que a la vieja le resultará difícil encontrarme para reclamar el clavo de seis meses que le dejé. Hoy estuve reflexionando. Ya no puedo vivir así, haciendo del vivo que vive del zongo. Me miré en el espejo. No estoy mal: 25 años, pelo negro, tipo amante latino. Un buen casamiento puede ser...

En el diario de Ana - 11-V-69

Empiezo a conocerlo. Hoy se asomó a la ventana, leyendo un libro. Usé el largavista que suele llevar papá al hipódromo, y pude leer el título del libro: AZUL, de Amado Nervo, es decir, el tipo es un relamido a la antigua, de los que gustan de convertir a la mujer en vaporosas apariciones celestiales, y tienen sueños llenos de doncellas de «trigal cabellera» y de «ojos profundos como el mar» (ja ja). Ya sé con cuánta azúcar toma el hombre este el café con leche de la vida.

En el diario de Hugo - 11-V-69

Hoy amanecí seco. Lo que se dice sin un céntimo. Pensé llamar a Arsenio, el único que todavía no ataja mis penales financieros, pero me costó encontrar el número del teléfono. Menos mal que recordé haberlo anotado en un libro que hice volar de la sala de espera del dentista. Lo robé por el título: AZUL, pensando que era un manifiesto del Partido Liberal, pero resultó ser de versos de un tal Amado Nervo. Al final encontré el número en una de sus páginas. Nota: En la casa de enfrente vive una fulana con cara de necesitada. Vieja no es. Además, la casa puede valer como 2 millones. Y tiene antena de TV. Parece ser hija única, y el padre tiene un lindo Mercedes 1965. Vale la pena investigar más. Lo dicho, un buen casamiento puede terminar con mis angustias de eterno moroso.

En el diario de Ana - 15-V-69

Hoy empecé el ataque. Esta vez no debo fallar. Debo mostrar a Raúl, a Marcelo, a Antonio, José y Anastasio, que no supieron valorarme en lo que soy y en lo que valgo. Como decía, empecé el ataque, como buena generala del amor, atacando al adversario en su punto débil: su romanticismo de naftalina. Por la mañana temprano me puse un juvenil vestido de percal, corto y acampanado, y salí a regar el jardín, «dejando que el sol mañanero jugueteara con mi suelta cabellera (ja ja)». Se asomó y me miró desde su ventana.

En el diario de Hugo - 15-V-69

Averigüé. La casa es propia y ella es hija única de padre viudo. Y empiezo a conocerla. La fulana es del tipo romántico, de las que gustan vestirse como muñequitas de porcelana y salir a regar las flores del jardín por la mañana temprano, como en esas películas idiotas de antes, con cantos de pajaritos y toda esa utilería que gusta a las tilingas destinadas a vestir santos. La conquista será fácil. Mañana empiezo. Necesito una corbata de lazo. Y ensayar ante el espejo una lánguida mirada de poeta. Creo que también me voy a dejar un bigote, o mejor, un bigotazo bien bohemio, como ese no sé cómo se llama de Los Tres Mosqueteros, la novela esa de Cervantes que leí hace unos años. Nota: la fulana esa debe ser medio ida de la cabeza. Yo no sé para qué regaba el jardín si anoche llovió a cántaros. En fin...

En el diario de Ana - 19-V-69

Hoy estuve regando el jardín, procurando que la alergia que me dan las rosas no me haga estornudar, cuando él pasó por la acera de mi casa, con pinta de completo estúpido, tal como me imaginaba. En vez de corbata, un lazo mal atado. Tiene un proyecto de bigote que, cuando crezca, le va a hacer parecer un cosaco con hambre. ¡Y la mirada, Señor!, lánguida, romántica, exhibiendo, como diría su Amado Nervo, «La tímida virilidad del enamorado...» (ja ja). Me saludó y yo le contesté «ruborizada». Claro que para ruborizarme tuve que aguantar la respiración durante un minuto y medio, como recomienda Helene Curtiss en *Para Ti*.

En el diario de Hugo - 19-V-69

Cayó la pájara. Debería dedicarme a actor. Pasé por su lado luciendo la delicada y a la vez varonil estampa del poeta enamorado. La saludé, y me contestó todo ruborosa. ¡Había que ver lo colorada que se puso! Llevarla al altar es pan comido. Mujeres que ruborizan así, aunque ya sean mayorcitas, como ésta, no saben decir «no». Mañana me quedo a charlar dos palabras.

En el diario de Ana - 20-XII-69

Ayer me casé con Hugo. Pero pasa algo raro: ¡Qué cambiado está!

En el diario de Hugo - 20-XII-69

Ayer me casé con Ana. Pero pasa algo raro: ¡Qué cambiada está!

NICOLASITA DEL ESPÍRITU SANTO (JULIO CORREA)

Nicolasita tenía cuarenta y dos años: cuarenta y dos años castos y limpios de todo pecado. No faltaba quien dijese que, después de muerta, haría toda suerte de milagros.

Hoy se la señala con el dedo. -Nicolasita está encinta.-Nicolasita se ha perdido. ¡Qué horror!-Salirse de debajo del manto de la Virgen a su edad. Las amigas le cerraron las puertas de sus casas, huyen de ella como de una apestada. Hasta pidieron al cura párroco que la expulsase de las cofradías, porque una "tía" de esa calaña no debía manchar con su presencia las santas congregaciones, fundadas en el culto del Señor, para amarle y servirlo como es su gusto y obligación de todos los buenos cristianos.

El santo padre no quiso dar crédito a lo que decían de Nicolasita; hubo de ir a su casa una vez para enterarse por sí mismo,

Nicolasita le confirmó la terrible acusación que pesaba sobre ella:

-Si, padre, a qué negarlo... Estoy así por obra y gracia del Espíritu Santo.

Al otro día, Domingo de Ramos, después de la misa mayor, el sacerdote subió al púlpito y expulsó a Nicolasita de las cofradías y de su iglesia, por deshonesto y sacrílega.

Nicolasita, con los ojos bajos -más que de vergüenza, por contemplar su seno bendecido-, sonrió con dolorosa dulzura y se marchó del templo musitando el pasaje del Evangelio: "Bienaventurados los que sufren, porque ellos recibirán consolación". Los mozos de la aldea le han apodado ya divinamente llamándola Nicolasita del Espíritu Santo.

Ella sabe y oye el mote sublime, y un rubor de orgullo colorea su cara feúcha de un rojo alegremente cándido.

-Nicolasita es una lagartona- dicen unos. -Nicolasita es una desvergonzada- dicen los más.

En tanto, ella, sola en su casa y en la calle, marcha ufana, echando hacia atrás el cuerpo para ostentar con altivez el triunfo de su maternidad gloriosa... Cinco meses, seis, siete, ocho y nueve meses -¿Qué será esto? -se pregunta el pueblo.

-Nicolasita habrá tomado alguna droga. No tuvo valor de criar a su hijo, seguramente es de un buhonero que la habría conquistado con algunas baratijas, o de aquel anarquista que todo el pueblo le apedreó y se refugió en su casa.

Alguien dijo que se la había visto una noche oscura llena de relámpagos con un bulto bajo el rebozo negro, camino de la selva.

Siempre dije de ella que era una hipócrita. Y ya ven cómo mis dichos se confirmaron. Ahora, hasta han matado a su hijo, que está en el limbo por falta de bautismo, pudiendo haber sido un angelito de Dios.

En "El Defensor" periódico de los intereses generales que se "dictaba" por la única máquina de escribir del pueblo, apareció una gacetilla de don Pedro Nolasco en la cual se sindicaba al juez y al comisario como encubridores del crimen de infanticidio cometido por Nicolasita.

¡Oh, el poder de la prensa! El domicilio de Nicolasita fue allanado. Una multitud de curiosos acompañó al juez instructor.

Hallaron a la presunta delincuente, a quien no se veía hacía un mes, tendida en su viejo lecho. El juez se acercó con su secretario y comenzó el interrogatorio -No ha nacido todavía- respondió.- De pronto dio un espantoso alarido y pidió un sacerdote.

Volvió a dar un bárbaro quejido y murió. El médico se abrió paso entre los que rodeaban el lecho, y después de palpar el cadáver frío, se preparó a extender el certificado. Todos le rodearon y le pidieron que salvara a la criatura.-Sálvela, por favor, señor doctor- decían-, mire que es la voluntad de Dios que viva y honre al pueblo.

El médico sonrió con pasión despreciativa y se sentó a escribir el certificado de defunción: <<muerte por quiste hidatídico>>.

Un día de estos

El lunes amaneció tibio y sin lluvia. Don Aurelio Escobar, dentista sin título y buen madrugador, abrió su gabinete a las seis. Sacó de la vidriera una dentadura postiza montada aún en el molde de yeso y puso sobre la mesa un puñado de instrumentos que ordenó de mayor a menor, como en una exposición.

Llevaba una camisa a rayas, sin cuello, cerrada arriba con un botón dorado, y los pantalones sostenidos con cargadores elásticos. Era rígido, enjuto, con una mirada que raras veces correspondía a la situación, como la mirada de los sordos.

Cuando tuvo las cosas dispuestas sobre la mesa rodó la fresa hacia el sillón de resortes y se sentó a pulir la dentadura postiza. Parecía no pensar en lo que hacía, pero trabajaba con obstinación, pedaleando en la fresa incluso cuando no se servía de ella.

Después de las ocho hizo una pausa para mirar el cielo por la ventana y vio dos gallinazos pensativos que se secaban al sol en el caballete de la casa vecina. Siguió trabajando con la idea de que antes del almuerzo volvería a llover. La voz destemplada de su hijo de once años lo sacó de su abstracción.

-Papá.

-Qué.

-Dice el alcalde que si le sacas una muela.

-Dile que no estoy aquí.

Estaba puliendo un diente de oro. Lo retiró a la distancia del brazo y lo examinó con los ojos a medio cerrar. En la salita de espera volvió a gritar su hijo.

-Dice que sí estás porque te está oyendo.

El dentista siguió examinando el diente. Sólo cuando lo puso en la mesa con los trabajos terminados, dijo:

-Mejor.

Volvió a operar la fresa. De una cajita de cartón donde guardaba las cosas por hacer, sacó un puente de varias piezas y empezó a pulir el oro.

-Papá.

-Qué.

Aún no había cambiado de expresión.

-Dice que si no le sacas la muela te pega un tiro.

Sin apresurarse, con un movimiento extremadamente tranquilo, dejó de pedalear en la fresa, la retiró del sillón y abrió por completo la gaveta inferior de la mesa. Allí estaba el revólver.

-Bueno -dijo-. Dile que venga a pegármelo.

Hizo girar el sillón hasta quedar de frente a la puerta, la mano apoyada en el borde de la gaveta. El alcalde apareció en el umbral. Se había afeitado la mejilla izquierda, pero en la otra, hinchada y dolorida, tenía una barba de cinco días. El dentista vio en sus ojos marchitos muchas noches de desesperación. Cerró la gaveta con la punta de los dedos y dijo suavemente:

-Siéntese.

-Buenos días -dijo el alcalde.

-Buenos -dijo el dentista.

Mientras hervían los instrumentos, el alcalde apoyó el cráneo en el cabezal de la silla y se sintió mejor.

Respiraba un olor glacial. Era un gabinete pobre: una vieja silla de madera, la fresa de pedal, y una vidriera con pomos de loza. Frente a la silla, una ventana con un cancel de tela hasta la altura de un hombre. Cuando sintió que el dentista se acercaba, el alcalde afirmó los talones y abrió la boca.

Don Aurelio Escobar le movió la cara hacia la luz. Después de observar la muela dañada, ajustó la mandíbula con una cautelosa presión de los dedos.

-Tiene que ser sin anestesia -dijo.

-¿Por qué?

-Porque tiene un absceso.

El alcalde lo miró en los ojos.

-Está bien -dijo, y trató de sonreír. El dentista no le correspondió. Llevó a la mesa de trabajo la cacerola con los instrumentos hervidos y los sacó del agua con unas pinzas frías, todavía sin apresurarse. Después rodó la escupidera con la punta del zapato y fue a lavarse las manos en el aguamanil. Hizo todo sin mirar al alcalde. Pero el alcalde no lo perdió de vista.

Era una cordal inferior. El dentista abrió las piernas y apretó la muela con el gatillo caliente. El alcalde se aferró a las barras de la silla, descargó toda su fuerza en los pies y sintió un vacío helado en los riñones, pero no soltó un suspiro. El dentista sólo movió la muñeca. Sin rencor, más bien con una amarga ternura, dijo:

-Aquí nos paga veinte muertos, teniente.

El alcalde sintió un crujido de huesos en la mandíbula y sus ojos se llenaron de lágrimas. Pero no suspiró hasta que no sintió salir la muela. Entonces la vio a través de las lágrimas. Le pareció tan extraña a su

dolor, que no pudo entender la tortura de sus cinco noches anteriores. Inclinado sobre la escupidera, sudoroso, jadeante, se desabotonó la guerrera y buscó a tientas el pañuelo en el bolsillo del pantalón. El dentista le dio un trapo limpio.

-Séquese las lágrimas -dijo.

El alcalde lo hizo. Estaba temblando. Mientras el dentista se lavaba las manos, vio el cielorraso desfondado y una telaraña polvorienta con huevos de araña e insectos muertos. El dentista regresó secándose las manos. "Acuéstese -dijo- y haga buchets de agua de sal." El alcalde se puso de pie, se despidió con un displicente saludo militar, y se dirigió a la puerta estirando las piernas, sin abotonarse la guerrera.

-Me pasa la cuenta -dijo.

-¿A usted o al municipio?

El alcalde no lo miró. Cerró la puerta, y dijo, a través de la red metálica.

-Es la misma vaina.

Gabriel García Márquez